

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

NUEVA SITUACIÓN EN TAIWAN

El 5 de abril falleció en Taipeh el presidente Chiang Kai-Shek. Aunque apartado de la política activa desde hacía años, al extremo de no presidir siquiera la reunión plenaria del Comité Central del Kuomintang en 1973, mientras vivió se mantuvo la ficción de que el objetivo fundamental de la República de China, la verdadera China afincada en Taiwan, era reconquistar la China continental. De otra parte, el anciano estadista simbolizaba la lucha anticomunista a toda costa en Asia. La incontrovertible realidad del creciente fortalecimiento del régimen de Pekín en las inmensas y masivamente pobladas regiones de la China continental, el viraje de la política exterior norteamericana con relación al continente asiático y el paso de la guerra fría a la coexistencia pacífica han significado llevar al archivo de la historia los sueños de reconquista de Taiwan y el apoyo de Washington a Taipeh, plasmado por cierto en el tratado de 1954. Teóricamente vigente, este tratado empezó a convertirse en papel mojado a raíz del viaje a Pekín del presidente Nixon en 1972, por cuanto se inició entonces la retirada de fuerzas norteamericanas estacionadas en la isla, si bien la VII Flota mantuvo su vigilancia, por lo demás nada limitada a poner obstáculos a cualquier veleidad de Pekín por reincorporar a viva fuerza Taiwan «al territorio sagrado de la patria».

Pese a tales circunstancias desfavorables, en su testamento político, Chiang Kai-Shek encomendaba a su pueblo que recordara los tres principios capitales del Kuomintang: reconquistar la pérdida China continental, restaurar la cultura tradicional una vez remozada y practicar la democracia de corte occidental, que, sea dicho de paso, tal vez sólo se practique en forma matizada en Taiwan. Si no se da en la historia el caso de un solo testamento político respetado al pie de la letra por los sucesores, puede afirmarse de antemano que no tendrá mejor suerte el del anciano presidente chino, en particular en lo relativo a la pretendida reconquista, a despecho del bien

preparado y armado ejército de 650.000 hombres, que velan las armas en la isla y sus anexos desde hace más de veinticinco años. La postura de desentendimiento, que los norteamericanos llaman *disengagement*, adoptada por los Estados Unidos frente al derrumbamiento del castillo de naipes levantado en Vietnam por los acuerdos de París y el desmoronamiento del régimen de Lon Nol en Camboya, consecuencias prácticas de los nuevos rumbos exteriores de los Estados Unidos en Asia, anunciados por el presidente Nixon en el discurso de Guam de julio de 1969, crean un insoslayable contexto en el que forzosamente habrá de ejercer su acción el sucesor de Chiang Kai-Shek en la jefatura del Kuomintang, luego del Estado, su hijo, de sesenta y cinco años, Chiang Ching-Kuo, sucesión que no ha producido ni tirantezas ni sobresaltos en Taiwan ni sorpresa alguna en el mundo. Debido en parte a las circunstancias, el Kuomintang se ha convertido en una especie de feudo de la familia Chiang.

Encarnación oficial y vitalicia de las esencias nacionalistas del Kuomintang, Chiang Kai-Shek había cedido a su hijo el gobierno del país, que goza de buena salud económica, a pesar de la crisis mundial y de su aislamiento diplomático. Anteriormente viceministro de la Defensa, luego muy impuestado del tinglado militar de Taiwan, Chiang Ching-Kuo es acaso una de las personalidades más complejas de un pueblo que, como el chino, no anda escaso de ese tipo de personalidades. Comunista ferviente en su juventud, militarmente formado en la academia militar de Leningrado, residente en la URSS de 1925 a 1937, se enfrentó violentamente con su padre en los años treinta al optar el Kuomintang por la eliminación del partido comunista chino. Rota la alianza establecida entre nacionalistas y comunistas para luchar contra el invasor japonés, Chiang Ching-Kuo reconsideró su postura ideológica y se integró en el Kuomintang. Reconciliado con su progenitor, poco a poco se convirtió en su brazo derecho.

Conocido el sumo respeto que a los ancianos tienen los chinos—tanto los comunistas como los no comunistas—, Chiang Ching-Kuo apenas si podía practicar otra política que la que fuera calco de la de su padre mientras éste vivió. Su muerte, sumada a las consecuencias a deducir de la suerte corrida ya por Camboya y Vietnam del Sur, provocará inevitablemente cambios de orientación en ese Taiwan cuya supervivencia en cuanto entidad china no comunista ha requerido el respaldo del aliado norteamericano. Este, desde el viaje a China Popular del presidente Nixon y la ambigua declaración de Shangai—más aún desde el viaje a Pekín de Kissinger en no-

viembre de 1973—, ha venido efectuando un claro movimiento de repliegue, alegando que en su criterio la cuestión de Taiwan era de la exclusiva competencia de los chinos, y que ellos tenía que resolverla pacíficamente. El hecho de que Chiang Ching-Kuo aparece menos radicalmente opuesto que su padre a todo entendimiento con Pekín permite, pues, considerar la hipótesis de la búsqueda de una fórmula según la que todos «salvarían la cara». Por ejemplo, Taiwan podría ser parte integrante de la República Popular China, pero no tanto merced a un estatuto especial que podría inspirarse en los estatutos de regiones autónomas, como el Tibet, Sinkiang o Mongolia Interior, cuyas existencias no van en mengua de la unidad del país. Sería la fórmula que más convendría a los Estados Unidos para normalizar sus relaciones con la República Popular China, y tal vez ésta no le hiciera denges a semejante solución.

No obstante, no es ésta la única hipótesis de futuro para Taiwan, excluida la pervivencia del *status* actual, cuando la desaparición de Chiang Kai-Shek facilita un eventual estrechamiento de las relaciones entre la República Popular y los Estados Unidos, que ya han abierto en Pekín una importante «oficina de enlace», primer paso hacia el de una Embajada. Porque, aparte de las vinculaciones familiares de Chiang Ching-Kuo con la URSS—su esposa es rusa—, su dominio del idioma y su empeño por que lo conocieran numerosos oficiales del ejército de Taiwan, son de señalar los cautelosos pasos que Moscú ha dado en dirección de Taipeh. Así, al parecer, ha encomendado una discreta misión exploratoria al periodista-diplomático Victor Louis, anteriormente comisionado para tomarle el pulso a Israel. De otra parte, unidades navales soviéticas han hecho acto de presencia en los llamados «estrechos» que separan el continente y las islas donde impera el Kuomintang, otrora incesante y exclusivamente surcados por la VII Flota. Aquella presencia soviética cerca de sus costas ha causado indignación en Pekín, por temor a que Taiwan apunte a ser una nación independiente y soberana con la ayuda de la URSS. El caso es que, de renunciar razonablemente Chiang Ching-Kuo a una imposible reconquista de la China continental y considerar la posibilidad de inscribir a Taiwan en el registro de naciones que han nacido desde la II Guerra Mundial, no puede llamar a mejor puerta que Moscú en un intento de lograr su propósito. Excusado es decir las ventajas de todo orden que reportaría a la URSS apadrinar un Taiwan independiente, internacionalmente reconocido y cuya situación geoestratégica en el mar de China no tiene parangón.

UN ABORTO DE CONFERENCIA: LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE LA ENERGÍA

Realmente, el proyecto inicial de Conferencia Mundial del Petróleo, presentado y tenazmente perseguido por Francia aun antes de celebrarse la Conferencia de Washington de febrero de 1974, no era un disparate, por ser en principio susceptible de evitar choques frontales entre productores y consumidores industrializados. No lo era colocar entre ambos la almohada amortiguadora de los consumidores no industrializados, o sea, pertenecientes al Tercer Mundo, expresión que suena a subdesarrollo, atraso y pobreza. Ello da pie a clasificaciones un tanto arbitrarias, pues cuesta algún trabajo admitir sin reservas que semejantes características definen a un país como Brasil, que, precisamente, junto a Zaire y la Unión India, representaba al Tercer Mundo en la conferencia preparatoria iniciada en París el 7 de abril. Pero los muchos tiras y aflojas, recelos y dilaciones a que ha dado lugar la conferencia, patrocinada por Francia y solemnemente convocada el pasado 24 de octubre por el presidente Giscard d'Estaing, han provocado una deformación del proyecto inicial, que se ceñía a los hidrocarburos. No cabe admirarse de que tal haya sucedido. Dada la eficacia del método asociativo practicado por la OPEP y su organización regional, la OPAEP, que ha encauzado hacia los productores de petróleo ríos de dinero, grande, excesiva, era la tentación para los demás países productores de materias primas de seguir el ejemplo. De cundir, crearía el Cuarto Mundo, es decir, el de los países subdesarrollados, atrasados y pobres, que, por remate, carecen de materias primas, por tanto, excluidos sin remedio del nuevo juego de la economía mundial.

Semejante multiplicación de «mundos» ni siquiera ha apuntado en París, donde, no bien iniciada la conferencia preparatoria, cuyo objeto era fijar la fecha de la verdadera conferencia, acordar el orden del día y determinar qué países habían de participar en la misma, los tres grupos programados se redujeron a los dos bloques, de los que Francia rehuía. A saber, los «occidentales» y los tercermundistas, confundidos en éste los ricos del petróleo y los candidatos a ricos, por disponer de materias primas. Es decir, que, aun pensado el problema del petróleo por claras mentes cartesianas y considerado con ánimo abierto a la cooperación a escala mundial, se evidenció en París la existencia de dos bloques recelosos y enzarzados en un diálogo de sordos. En efecto, mientras los Estados Unidos, Japón y los

países de la CEE—con menos ahínco por parte de Francia, que hacía de mediadora y moderadora—pretendían llegar a un acuerdo previo sobre el objetivo a perseguir en la ulterior conferencia mundial, que era la cuestión del petróleo, los delegados del Tercer Mundo, apoyados por los países productores—Arabia Saudita, Irán, Venezuela y en particular Argelia—, se aferraron a la celebración de una conferencia global, comprensiva de todas las materias primas. Y entre debates y negociaciones, dimes y diretes, durante nueve días la conferencia previa no avanzó: marcó el paso. Cabe estimar que, incluso antes de celebrarse, la Conferencia Internacional de la Energía había rebasado los límites que Francia pretendió imponerle cuando bajo la presidencia del señor Pompidou y la actividad diplomática del entonces ministro de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, se sacó de la manga esa fórmula, con vistas a torpedear los planes del doctor Kissinger para formar ese club de consumidores que es la Agencia Internacional de la Energía.

El nuevo jefe del Estado francés y su equipo gubernamental han seguido avanzando por el ya señalado camino, pero ensanchándolo al extremo de declarar el presidente Giscard d'Estaing su esperanza de que la Conferencia conjunta sirviera «para modificar el orden económico internacional existente». Lógicamente, tal esperanza desemboca en «un acercamiento total a los problemas de las materias primas, la reforma del sistema monetario internacional y la ayuda al desarrollo», como dedujo acertadamente el representante de Venezuela. Dicho en otros términos, una ambiciosa modificación del orden económico internacional no puede reducirse a la mera solución del problema energético. Pero el hecho es que en París la preocupación por un «nuevo orden económico más equitativo y que beneficie a todos» ha desvirtuado el tema esencial y proclamado de la conferencia preparatoria: el petróleo.

Lejos de menguar las dificultades surgidas, el viaje a Argelia del presidente Giscard d'Estaing, iniciado el 10 de abril en pleno debate supuestamente tripartito, ha tenido todas las trazas de incrementarlas. Porque con independencia de las cuestiones que habían de tratar los dos Jefes de Estado, relativas a las relaciones franco-argelinas y al contencioso existente entre los dos países, estaba el tema de la Conferencia Internacional de la Energía. A la tesis del presidente Bumedian—ya expuesta en la Conferencia de Dakar—de que en ella debía tratarse de todas las materias primas habidas y por haber se oponía como antítesis el criterio del presidente galo de limi-

tarse al petróleo, como habían exigido los Estados Unidos para estar presentes en París. A la postre, los dos presidentes llegaron a un acuerdo en Argel: el de que en la Conferencia se pusieran los cimientos de la «evolución hacia un orden económico mundial nuevo». Pero el acuerdo entre el país líder del Tercer Mundo y el incansable candidato al liderazgo de la CEE, lejos de constituir un factor constructivo para que la conferencia preparatoria llegara a puerto produjo el efecto de decisiones adoptadas a espaldas de los reunidos, en particular los países de la CEE, que, en su mayoría, estimaron haber agotado el mandato comunitario recibido en el Consejo de Dublín y, por tanto, no tener por qué hacer más concesiones en París con vistas a una avenencia.

En suma, la reunión preparatoria de la Conferencia Internacional de la Energía ha sido un fracaso, singularmente en cuanto a la pretensión de Francia de llevar el gato al agua en materia de petróleo frente a las iniciativas de los Estados Unidos, que son, en definitiva, las que convienen a las poderosas sociedades petroleras, factor relevante y no mencionado del problema energético. Todo ha quedado en sueños, debido, en parte, al empeño del Tercer Mundo por convertir la proyectada conferencia en cajón de sastre en el que caben todas las materias primas y, también en parte, a la ambición del presidente Giscard d'Estaing de ser artífice de un nuevo orden económico nada menos que a escala mundial. La Conferencia Internacional de la Energía ha quedado aplazada *sine die*, pero aún más aplazada *sine die* ha quedado la demostración de que Francia, cuya voluntad y buena voluntad no se ponen en duda, lleva la batuta en la CEE y está en condiciones de poner jaque mate a los Estados Unidos y Japón en el ámbito del petróleo.

LAS MANIOBRAS DE LA FLOTA SOVIÉTICA

Los medios informativos han facilitado la noticia difundida por la agencia Tass de que las maniobras navales soviéticas, de una semana larga de duración, habían terminado el 28 de abril. Con anterioridad habían recogido un comentario del diario *Frankfurter Allgemeine* que reflejaba inquietud por lo que se calificaba de demostración de fuerza de la Armada soviética, que ponía de manifiesto su capacidad operativa en el Atlántico, el Báltico, el Indico, el Mediterráneo, el Pacífico y el mar del Norte, en suma, en todos los mares del globo.

No es la primera vez que la Marina de guerra de la URSS realiza maniobras que distan mucho de ceñirse al supuesto táctico de la defensa de sus costas. Así, en el verano de 1968 la operación denominada Norte abarcó el Atlántico Norte, el mar de Noruega, el Báltico, el mar del Norte y el mar de Barentz. Comprendía ejercicios muy variados, entre ellos un desembarco anfibio con participación de unidades de la República Democrática y Polonia. Pero las que más impresión causaron en los medios internacionales, y en particular en la OTAN, fueron las maniobras «Okean», de la primavera de 1970, efectuadas en la vasta zona comprendida entre el golfo de Méjico, el mar del Norte y el Mediterráneo. Sin embargo, las últimas maniobras navales no tienen punto de comparación con «Okean», por ser incuestionablemente un ejercicio a escala mundial llevado a cabo no sólo con 220 unidades navales, sino con gran aparato de fuerzas aéreas de observación. No sugieren sino que confirman—la sugestión corrió a cargo de «Okean»—que la URSS tiene la posibilidad de cortar las comunicaciones marítimas entre Europa y los Estados Unidos y, además, de interceptar las comunicaciones entre Europa y sus fuentes de abastecimiento de petróleo, lo que provocaría la parálisis de los ejércitos en la eventualidad de un conflicto armado convencional, es decir, que no incluye la fuerza atómica. Así, pues, queda demostrado que el proyecto de modernización e incremento de la flota soviética, insistentemente reclamado en 1956 por el ministro de la Defensa, mariscal Yukov, se ha llevado a cabo al extremo de que en la actualidad, inmediatamente detrás de *U.S. Navy*, se sitúa aquélla, más moderna que la norteamericana dada su reciente construcción. El gigantesco empeño que supone tal logro en apenas veinte años es un exponente más de la estrategia mundial de la URSS, corolario de «sus responsabilidades en el mundo», según dijera en 1968, ante el Soviet Supremo, Andrei Gromyko.

Al margen de la importancia que en el orden estratégico tiene la expansión naval soviética, las recientes maniobras muestran que para la URSS goza de valor de dogma la práctica de una estrategia total cuya finalidad no es otra que conseguir una penetración de toda índole en el mundo entero, objetivo vedado a un país carente de marina. De ahí el esfuerzo realizado para que la URSS esté en condiciones de defender o imponer sus intereses por doquier «en todos los puntos de los mares y territorios adyacentes», como declaró un día sin ambages el jefe de la flota soviética, almirante Gorshkov. Ese propósito la URSS lo inició enviando lejos de sus bases unidades submarinas y algún barco de superficie con motivo de la

crisis de Cuba en 1962. Fue precisamente esa crisis la que hizo comprender a los dirigentes soviéticos el verdadero significado de la potencia naval, no sustituible con misiles, por muy situados que estuvieran en el Caribe: el despliegue naval norteamericano, sin que se disparara un solo cañonazo, neutralizó la flotilla soviética. La lección o humillación impulsó a la puesta en marcha acelerada de un nuevo y ambicioso plan de desarrollo de la marina de guerra y, a un tiempo, de la marina mercante y de pesca. En realidad, el deseo de disponer de una gran marina estaba en el ánimo de los dirigentes soviéticos aún antes de la guerra germano-soviética, ya que Stalin, impresionado por la derrota sufrida en la guerra de España, decidió dar a la URSS la dimensión marítima de la que carecía. Apenas terminó la II Guerra Mundial se puso manos a la obra en los astilleros soviéticos y, a partir de 1950, puede decirse que las construcciones de barcos de todo tipo —de pesca, mercantes y de guerra— registraron un notable incremento, pero pocas novedades, singularmente en lo que a unidades de guerra respecta: eran barcos de modelo clásico dotados de artillería convencional. La llegada de Jruschev al poder alteró sensiblemente el programa de construcciones navales. Jruschev se mofaba de los barcos de superficie y tenía en cambio predilección por los submarinos clásicos o de propulsión nuclear armados con misiles. Alentó, pues, su construcción en perjuicio de otro tipo de unidades. Pero a partir de la crisis de Cuba, la tesis de los barcos de superficie estuvo de nuevo en auge. En razón de su aplazada construcción, los que integran actualmente la flota de la URSS son modernísimos, dotados de los últimos adelantos en materia de electrónica y misiles. En suma, los sucesivos programas navales de la URSS han desembocado en la creación, cabe decir que partiendo de cero, de una flota muy diversificada, aunque con claro predominio de barcos ligeros y rápidos armados con proyectiles nucleares, o sea, una flota adaptada a cualquier modalidad bélica, potencialmente ofensiva y no ya meramente defensiva como por lo pasado. Por tanto, la URSS cuenta con la flota en su política mundial. Las recientes maniobras testimonian de que, en efecto, según su ambición, la URSS puede hacer acto de presencia simultáneamente en todos los mares del globo.

Sin embargo, no ha sido preciso llegar a la primavera de 1975 para que la URSS diera pruebas de su creciente poder naval y capacidad de presencia y eventual dominio de los mares. Aunque el conflicto de Vietnam, abastecido por vía marítima por los países del campo socialista, mantuviera sus unidades de guerra alejadas de costas rondadas por la VII Flota, la flota

soviética no se privó de surcar a placer el Pacífico, los mares de Japón y China y hasta de hacer alguna incursión con dirección a Filipinas. La tercera guerra árabe-israelí sacó del mar Negro 157 barcos de guerra que empezaron a pasearse por un Mediterráneo tanteado con esporádicas apariciones seguidas de retiradas desde 1954. Pero desde 1967, en número variable, la Eskadra no ha dejado ni un solo día de bogar por el Mediterráneo, de suerte que puede hablarse de una flota soviética del Mediterráneo. En el Océano Indico, tan pronto como Gran Bretaña dio a conocer su decisión de retirarse del este de Suez, aparecieron barcos soviéticos procedentes de Vladivostok y del Báltico. Se relevan, se turnan, navegan, pero la permanencia en esa región es un hecho, reforzado por el Tratado suscrito con la Unión India, lo que complementa eventualmente la cobertura aérea de que goza tanto la Eskadra como la flota presente en el Indico debido a las bases situadas en el Cáucaso y Crimea.

Por lo demás, la expansión naval soviética no se limita a la armada. La flota mercante de la URSS cuenta con mayor número de barcos que la flota mercante norteamericana, aunque sea menor el registro bruto, y su flota pesquera es la mayor del mundo. Pero este aspecto de la cuestión es otro cantar que el de la flota de guerra, si bien se complementan por desarrollar actividades coordinadas, como manda una estrategia total puesta a punto.

CAMBOYA, VIETNAM DEL SUR Y ETC.

Con la caída de Phnom-Penh el 17 de abril en poder de los «jemers rojos» o FUNC (Frente para la Unión Nacional de Camboya) se acabó de derrumbar el tambaleante tinglado que en 1970, con ayuda de la CIA según parece, los Estados Unidos levantaron en Camboya previa destitución de Norodom Sihanuk de la jefatura del Estado. Lo sustituyó el general Lon Nol, primer ministro y ministro de la Defensa hasta el golpe de Estado del 18 de marzo. Aunque ya proclamada la «doctrina de Guam», centrada en la retirada de las fuerzas terrestres norteamericanas de Asia y en el apoyo a los países decididos a defenderse por sí mismos de las acometidas comunistas, para los Estados Unidos, metidos todavía de hoz y de coz en la guerra de Vietnam, resultaba insoportable la vista gorda de Norodom Sihanuk ante las violaciones de la neutralidad camboyana a cargo del Vietcong y de sus aliados nortvietnamitas. Se estimó que un cambio de dirigentes en Phnom-

Penh resolvería la cuestión. Se olvidó de que en Camboya no había sólo dirigentes. También había un pueblo.

Fue un tremendo, imperdonable error de cálculo. Como una tea, el país empezó a arder en feroz guerra civil entre partidarios de Norodom Sihanuk aliados a los «jemers rojos» y partidarios de Lon Nol. Por desgracia, la victoria sobre los *imperialistas* y *traidores* no pone término a la tragedia de ese país víctima de una involuntaria e imprevista ampliación del teatro de guerra, lo que no ha conseguido sino arruinarlo, arrasarlo y ensangrentarlo.

No arrojan resultados más satisfactorios los celebrados acuerdos de París de 1973, presentados como punto de partida de la reconciliación de Saigón y el Vietcong y triunfo de la tesis de dos Vietnam colindantes y coexistentes, el del Norte y el del Sur, éste muro de contención del comunismo en la antigua Indochina. A la hora de redactar, se ha producido la rendición incondicional de Saigón, que, a partir del 30 de abril, día de la victoria Vietcong, se llamará Ciudad Ho Chi-minh, significativo cambio de nombre que es un simple anticipo de la reunificación de Vietnam del Norte y del Sur, lo que es perfectamente lógico de momento que en el Norte y el Sur, en adelante, ha de imperar la misma ideología. Este es el resultado práctico del propósito norteamericano de establecer en Vietnam del Sur una cabeza de puente o base operativa integrada en el sistema de seguridad colectiva en Asia y el Pacífico. El balance numérico de ese propósito causa asombro y dolor, aun prescindiendo del aspecto humano de la cuestión, que no es mensurable. No, no se regateó la ayuda económica, al extremo de convertirse en despilfarro y fuente de suministro de material bélico para el Vietcong y sus aliados. De ser cierto el dato, se calcula en 1.000 millones de dólares las armas, municiones y pertrechos de todo tipo abandonados por el ejército survietnamita en retirada o desbandada. Cifra a cotejar con la ayuda norteamericana a España desde 1953 a 1972: 604 millones de dólares.

Por consiguiente, dominada Camboya por el FUNC y vencido Vietnam del Sur, sólo un tenaz optimismo rebelde a toda realidad hubiera permitido considerar la posibilidad de que en Laos no diera señales de actividad el Pathet Lao. En efecto, desde finales de abril, el Gobierno de Vientian se esfuerza en reconquistar posiciones perdidas en la famosa llanura de los Jarros. Mientras, desde su fortaleza de San Neua, el príncipe Suvana Fong, dirigente máximo del Pathet Lao, espera el momento oportuno para ordenar el asalto final al poder. ¿Tardará mucho en ponerse en movimiento la ya existente y nada inactiva guerrilla de Tailandia, a fin de intentar la con-

quista de esa «madriguera del imperialismo yanqui» que, desde su punto de vista, es Bangkok? En cuanto a Indonesia, Malasia, Corea del Sur e incluso Filipinas, ¿quién puede afirmar que a plazo más lejano sólo resultarán tangencialmente afectadas por lo ya sucedido en la antigua Indochina? Porque si la «doctrina de Guam» extendió el certificado de defunción del ANZUS y la SEATO, lo acaecido en Camboya y Vietnam del Sur equivale a su entierro.

En todo caso, ninguno de los países del Sureste asiático cuando menos, y cualquiera que sea la ideología allí imperante, podrá hurtarse a los efectos de las disensiones chino-soviéticas, que en el terreno de los hechos tienen cariz de lucha por el predominio en zonas estratégicas de Asia. Por lo pronto, en el subcontinente indostánico la URSS se apuntó un tanto notable al firmar el 9 de agosto de 1971 un Tratado de amistad y cooperación con la Unión India, lo que impedía de antemano la intervención de China Popular en favor de su aliado y vecino Pakistán al producirse la crisis de Bangla Desh. De otra parte, Indonesia sigue de espaldas a China Popular y, en cambio, mantiene relaciones diplomáticas y comerciales con la URSS, que sigue preconizando el establecimiento en Asia de un sistema de seguridad colectiva destinado a prevenir el avance chino, aunque calle el objetivo que persigue su plan. Finalmente, en razón del apoyo prestado, junto con los demás países del Pacto de Varsovia, la URSS no ha cesado de estar presente en Vietnam del Norte y, por tanto, en estrecho contacto con el GRP. En contrapartida, su presencia en la Camboya de Lon Nol la deja en entredicho de cara al FUNC, tanto más cuanto que, hasta muy última hora, la URSS mantuvo relaciones con el Gobierno de Phnom-Penh. Ciertamente es que el apoyo decidido de Pekín a Norodom Sihanuk, por la lógica de las disensiones, empujó a Moscú a apostar en favor de Lon Nol y sus partidarios. Equivocó la apuesta. Queda por ver cómo cantará la palinodia para amansar a los nuevos dirigentes camboyanos. Aunque lo consiga, puede anticiparse en Phnom-Penh un claro predominio de China Popular, lo que no pretende decir que Camboya pase a ser un dócil satélite o vasallo de Pekín, que no cesa de pregonar la importancia que concede a la independencia nacional de los países pequeños y medianos frente a las grandes potencias. Es axioma de la política exterior de China Popular, cuyo objetivo prioritario es la propia independencia nacional y su corolario, la seguridad. Una Camboya esquinada con la URSS es factor de seguridad sin necesidad de que China Popular se entremeta en sus asuntos internos. Puede perfectamente limitarse

a servir de ejemplo y modelo, como lo ha sido China durante siglos, pues su proyección en el Continente asiático no ha sido siempre fruto de conquistas logradas con las armas.

Por lo que respecta a Laos y Vietnam, ya que puede darse por efectuada la reunificación a corto plazo del Norte y el Sur, China dispone de medios de acción y propaganda neutralista susceptible de servir su política exterior, atenta a impedir el cerco soviético. Aunque sólo fuera por razones de vecindad, puede con la mayor discreción y prudencia estorbar todo intento de la URSS de llenar el vacío que en el Sur dejan los Estados Unidos. Le facilitará la tarea el ardiente y receloso nacionalismo de Vietnam del Norte, sutilmente ensamblado con el comunismo. Y el no menos ardiente y receloso nacionalismo del GRP, ambos resentidos por la «colusión» norteamericana-soviética denunciada por Pekín. La estimaron evidente cuando en mayo de 1972 Moscú dispensaba una calurosa acogida al presidente Nixon mientras los aviones norteamericanos machacaban Haifong y Hanoi y amenazaban con inundar el país al destruir las presas. Ello explica y justifica las evidentes reservas de Hanoi y el GRP con relación a la URSS, por grande que sea su gratitud en razón de la ayuda material que de ella recibieron. Es postura que no permite dar por sentado una opción incondicional en favor de Pekín por parte de Vietnam. Es más, puede anticiparse que una primordial preocupación de independencia nacional dejará en segundo término la ideología en la medida en que suponga supeditación a cualquier «país hermano». No obstante el neutralismo que muy probablemente habrá de predominar en Camboya, Laos y Vietnam en materia de política exterior, no puede descartarse una mayor cooperación y comprensión con China Popular que con la URSS. Aunque Camboya, Laos y Vietnam sean comunistas, tanto o más que comunistas son asiáticos, lo que significa un lazo muy fuerte con su gran vecino chino y cierto distanciamiento de la URSS, que, por no asiática, no fue invitada a la Conferencia de Bandung, donde emprendió su vuelo la paloma del neutralismo, equiparada con la paloma de la paz.

UNA INICIATIVA DE LA LIGA ARABE

El 5 de mayo la Liga Árabe indicó a España que procedía tomar en consideración la reivindicación marroquí de las ciudades españolas de Ceuta y Melilla, así como de los llamados Peñones, también españoles. La iniciativa

se ha acogido con sorpresa y cierto desencanto, por estimarse inamistosa esa toma de posición con un país fiel y leal a los países árabes, a las duras y a las maduras, cual no hay otro en el ámbito no árabe. Es más, descuidando acaso su interés nacional en aras de su amistad, España no ha reconocido a Israel, contrariamente a lo que hicieron hace años todos los nuevos y cordialísimos amigos que les han surgido a los árabes desde que tienen por el mango la sartén petrolera. A pesar de todo, ninguno ha dejado de mantener sus relaciones diplomáticas con Israel, junto al que algunos combatieron a Egipto en 1956, aparte de que todos han suscrito el favorable acuerdo del 11 de mayo entre aquel país y la CEE. Estos extremos y otros más no se le pasan por alto a la Liga Árabe, que, en gesto que los españoles no han sabido valorar, ha brindado a España la mayor prueba de amistad que darse pueda a una leal y fiel amiga: querer que, como un miembro más de la familia árabe, participe en las reivindicaciones territoriales, disputas fronterizas y tensiones que se registran en las vastas áreas que, por lo menos en teoría, representa la Liga Árabe. Ciertamente, la Liga Árabe no provoca esos enojosos problemas. Ni siquiera participa activamente en la búsqueda de su solución, aunque al firmarse en 1945 el pacto que la constituyó se previera la creación en su seno de un Tribunal Supremo de arbitraje interárabe. En la práctica, se resuelvan o sigan pendientes los litigios entre los miembros de la Liga, ésta queda un tanto marginada. Por ello, sin posibles ilusiones en cuanto a resultados, al hacerse portavoz de las pretensiones marroquíes, la Liga Árabe sólo ha apuntado a que España, como si fuera parte de los países que representa, pueda andar con su vecino en dimes y diretes y, eventualmente, a la greña, añadiendo así un renglón más a la lista no escueta de disputas fronterizas y reivindicaciones territoriales que animan el cotarro árabe, salvo cuando surge la cuestión de Israel, que a todos reconcilia temporal y esporádicamente.

En efecto, aunque ahora Kuwait e Iráq caminen al unísono, no bien proclamada la independencia de Kuwait en 1961, el presidente Kassem, de Iráq, decretó que el tierno infante era «parte integrante del territorio iraquí». El Gobierno surgido de la revolución del 8 de febrero de 1963 reconoció la independencia de Kuwait, pero no así sus fronteras. La puerta quedaba entornada para el ataque de las fuerzas armadas iraquíes a dos puestos fronterizos de Kuwait a finales de marzo de 1973. Arabia Saudita concentró fuerzas en sus fronteras con Kuwait en apoyo de este país, que, con todo, excluyó los buenos oficios de la Liga Árabe en ese conflicto. Final-

mente, Iraq se limitó a exigir la cesión por Kuwait de los islotes de Warbah y Bubiyan—desérticos y sin agua potable—para poner término a sus reivindicaciones. Las negociaciones iniciadas a finales de agosto de ese mismo año no desembocaron en un acuerdo. La guerra árabe-israelí de octubre de 1973, la lucha armada de Iraq con los kurdos y el viejo problema, también de fronteras, con Irán han dejado la solución en suspenso, pero la disputa está latente y no se excluye que, hechas las paces con Irán y puestos en razón los kurdos, no recobre pábulo.

Algo semejante ha venido acaeciendo entre Abu Dhabi y Dubai, que en 1952 empezaron a reivindicar conjuntamente el territorio al sur de Qatar, a su vez, reivindicado por Arabia Saudita. Por lo demás, Abu Dhabi estima tener derechos sobre algo así como la mitad del territorio de Dubai, que reivindica parte del Emirato de Sharja. Excusado es decir que la falta de documentos dificulta singularmente trazar fronteras en ese rompecabezas territorial y petrolífero que es la antigua Costa de los Piratas, actualmente Federación de Estados del Golfo Pérsico o Arábigo. En efecto, salvo Qatar, Abu Dhabi y Dubai, son pequeños países que recuerdan un término municipal sin concentración parcelaria. Situados a ambos lados de la península de Masendam o Ras el Yebal, están separados por otros emiratos o en parte *enclavados entre ellos, con la particularidad de que la extremidad de esa península, que domina el estrecho de Ormuz, es una dependencia de Omán, que no forma parte de la Federación.*

No paran allí los pleitos fronterizos y territoriales de la región. Excluida la reivindicación de Bahrein por Irán, resuelta en 1970 por la inteligente prudencia del shah mediante un referéndum que supervisó la ONU, queda que Bahrein reivindica parte de la costa noreste de Qatar, o sea, la región de Zubiaih, de donde es oriunda la familia reinante, que en 1783 conquistó Bahrein. No es éste el único asedio reivindicativo infligido a Qatar, que durante años ha sufrido el de Arabia Saudita, sólo resuelto en agosto de 1974 por mediación de Gran Bretaña y garantía de aplicación de los acuerdos por los Estados Unidos. La Liga Árabe no tuvo oportunidad de intervenir no más que en el conflicto que opuso a Abu Dhabi, Arabia Saudita y, en menor medida, a Dubai por el oasis de Bureimi, donde existe la sospecha —o la esperanza— de ricos yacimientos de petróleo. En 1966—no era la primera vez—hubo serios choques armados y despliegues guerreros. La sangre no llegó al río ni prosperó la amenaza de Ryad de llevar de nuevo el asunto ante el Consejo de Seguridad—no se mencionó la Liga Árabe—y,

por fin, en la Conferencia Islámica de Lahore, de marzo de 1974, Arabia Saudita y Abu Dhabi hilvanaron los acuerdos firmados el pasado agosto. Arabia Saudita renuncia a Bureimi en provecho de Abu Dhabi, pero, al parecer, se ha quedado con la región de Jor el Udair, reanudándose entonces las relaciones diplomáticas rotas entre los dos países. En cambio, no está cancelada la reivindicación de Arabia Saudita a Qatar de los islotes de Lachat y Chora Awa.

La olla de grillos reivindicadores no es monopolio de los países árabes del Medio Oriente. Desde el pasado abril ha subido de tono la disputa sirio-iraquí sobre el río Eufrates, como en tiempos se diera la disputa implicada en el proyecto de «Creciente Fértil» o la de «Gran Siria», que suponía la absorción del Líbano. También el Maghreb ha tenido sus más y sus menos en cuestiones de fronteras. El pleito entre Túnez y Argelia, apenas obtuviera ésta su independencia, fue pleito menor zanjado en un acuerdo de 1963. Más peliagudo ha sido —y sigue siendo, aunque *sotto voce*— el que enfrentó a Marruecos y Argelia. En septiembre de 1963 dio origen a un conflicto armado que terminó con empate. Tampoco en la coyuntura intervino la Liga Árabe. A Rabat no le inspiraba confianza por estimar que ese organismo estaba mediatizado por Abdel Nasser, favorable a Argelia. Por tanto, hubo de ver, inactiva, cómo mediaba entre los contendientes el entonces emperador de Etiopía, Haile Selassie, en nombre de la OUA. El acuerdo de Bamako vendó la herida. Sería aventurado afirmar que ésta ha cicatrizado y que Marruecos ha vuelto la página del pleito fronterizo con Argelia, como, al parecer, ha hecho con Mauritania, ásperamente reivindicada en su totalidad al sonar la hora de una independencia tutelada por Francia y que sólo admitió en 1969.

Apenas si es preciso agregar a esta lista, no exhaustiva, de reivindicaciones y disputas fronterizas la cuestión con perfiles dramáticos y proyección internacional de los territorios ocupados por Israel y apenas devueltos. De tal envergadura es el problema que a la Liga Árabe le viene grande, esa Liga tan fecunda en preparar informes y memorias destinadas a Gran Bretaña y la ONU antes de crearse Israel y tan poco activa para organizar ejércitos y coordinarlos. De ahí que no tenga ni arte ni parte en las negociaciones, presiones y maniobras destinadas a poner paz en el Próximo Oriente y dar un territorio a los palestinos carentes de él. Por tanto, se evidencia que la Liga Árabe tendría amplio temario de reflexión y actividad

en el marco interárabe, que es el suyo. En cambio, su acción sólo ha sido tangencial en los conflictos y tensiones del ámbito que le corresponde. Ello le da ocios para concentrar su capacidad atencional en las reivindicaciones desmadradas de un país, Marruecos, de cuyas veleidades expansionistas algo saben Argelia, Mauritania y actualmente el Sahara occidental, como debiera saberlo la Liga Árabe, muy olvidosa de que lo propio es gobernar su casa antes que preocuparse de la casa ajena.

EL VIAJE A MARRUECOS DEL PRESIDENTE GISCARD D'ESTAING

Al término de su visita de cuatro días a Marruecos, que inició el 3 de mayo, el presidente Giscard d'Estaing se sometió al rito de declaraciones a la prensa, de las que no se sabe a quiénes complacen más: si a los periodistas o al «declarante». Acosado desde su llegada por el tema del Sahara, obsesivo tema de Hasan II y medios informativos marroquíes desde hace algún tiempo, el presidente Giscard d'Estaing no llegó a sufrir el derribo, pero no pudo o no supo evitar un traspie diplomático —y no sólo de cara a España— al exponer el criterio de que nuestro país debía tratar con Marruecos la cuestión del Sahara, cual si el Sahara fuera mero sujeto pasivo susceptible de negociaciones entre aquellos dos países. Que el comunicado final recoja tan desenfocada fórmula para solucionar el problema artificial creado por codiciosas ambiciones, fórmula contraria a la independencia del Sahara, no permite augurar fácil desarrollo del gran proyecto francés de Conferencia de países del Mediterráneo que pretende botar fuera de sus aguas a las dos mayores flotas del mundo. Porque ésta es la meta que persigue la agitación viajera del presidente galo por el Norte de África, excluida Túnez, que ha declinado el honor de su visita por estimarse postergada a un tercer lugar. En definitiva, el señor Giscard d'Estaing no hace sino desempolvar un proyecto traído y llevado por diversos países mediterráneos —Italia, España, Argelia e incluso Yugoslavia— y, no hace mucho, por la propia Francia del presidente Pompidou.

De entrada, no es exponente de tacto diplomático —los franceses dirían *de doigté*— privar arbitrariamente de voz y voto en lo que al Sahara respecta a Argelia, mediterránea y también fronteriza con ese territorio, dar por no existente a Mauritania, también fronteriza, y pretender meter a España, mediterránea y potencia administradora, en el berengenal de un diálogo con

Marruecos, que no hay razón alguna para iniciar. Tal vez el señor Giscard d'Estaing, lógicamente muy atareado, no haya tenido oportunidad de conocer el *dossier* del Sahara y, en particular, la resolución 3.292 de la Asamblea General. Un simple vistazo a esos documentos le evidenciaría que España se atiene a esa resolución y ha puesto todo por obra para llevar a buen término la independencia de los saharauis, a despecho de que el voto de Francia contribuyera al rodeo del Tribunal de La Haya, con la esperanza de torpedear la autodeterminación. Es que un ojo puesto en los fosfatos y el otro en el proyecto de magna Conferencia del Mediterráneo provoca un estrabismo poco propicio a una sana visión de las cosas. De no ser así, el señor Giscard d'Estaing hubiera caído en la cuenta de que en el Sahara se dan circunstancias de presiones exteriores y reivindicaciones no muy diferentes de las que se vienen registrando en un territorio donde Francia lleva una discutida batuta. Con una diferencia esencial: España, por no entremetida, se abstiene de aconsejar a su vecina que dialogue con la República de Somalia sobre la Costa francesa de los Afars y los Isas, pues así se llama desde junio de 1967 la antigua colonia francesa de la Costa de Somalia, cuya capital es el puerto de Yibuti.

¿Antecedentes de la presencia francesa tan lejos de sus pagos?... Sencillemente, los del expansionismo europeo de finales del siglo XIX. Obock, en su día propiedad de comerciantes británicos, fue el núcleo inicial de esa colonia (1884). Lo único digno de interés en ese arenoso territorio es Yibuti, que, debido al Canal de Suez, tuvo intensa vida comercial y nulos problemas hasta que el huracán descolonizador posterior a la II Guerra Mundial se llevó la Somalia británica y la italiana dejando en su lugar un país independiente: la República de Somalia (1960). Francia se hizo la distraída y se mantuvo en su colonia.

En aquellas circunstancias, el general De Gaulle visitó Yibuti en agosto de 1966. El recibimiento que la población autóctona le dispensó fue memorable: dos días de disturbios y manifestaciones en favor de la independencia. La Legión francesa entró en acción. Hubo muertos y heridos (oficialmente, dos muertos; oficiosamente, una veintena). Irritadísimo, el general De Gaulle reanudó su viaje a Addis-Abeba, Phnom Penh y Numea (Nueva Celedonia). Apenas regresó a Francia, Etiopía se arrancó reivindicando la Somalia francesa, «parte integrante del territorio etiope por razones históricas, geográficas, etc.». De hecho, de Yibuti parte el único ferrocarril de que dispone

Etiopía y su única salida la Indico es ese puerto, donde impera Francia. Como un eco, la República de Somalia reivindicó a su vez la costa francesa de los somalíes, que consideraba, y sigue considerando, territorio propio por motivos étnicos, geográficos, etc.

El general De Gaulle hizo caso omiso de esas reivindicaciones. Sin andarse por las ramas, comunicó a la población de la colonia que se celebraría un referéndum para que manifestara su voluntad de permanecer o no «dentro del conjunto francés». No se dijo qué bienandanzas se le prometía en caso afirmativo. En cambio, se le advirtió que de optar por el «no» se le retiraría toda ayuda técnica, militar y financiera. Era condenar a muerte por inanición a una Somalia independiente cuya vida depende de un puerto de intenso tráfico regulado por Francia, merced a sus enlaces, inútiles a partir del cierre del canal de Suez en junio de 1967. Pero el 19 de marzo de ese mismo año los somalíes habían dicho «sí» a la metrópoli. Entonces hubo congratulaciones por el resultado del referéndum, por estimarse, muy justamente, que de abandonar Francia ese territorio se hubiera desencadenado una sangrienta pugna entre Etiopía y Somalia.

Pero ese resultado, Somalia no lo dio por bueno, alegando en particular que Francia había celebrado el referéndum sin supervisión de ningún género. Y en abril de 1967, acusó a Francia ante la Comisión de Descolonización de la ONU por su política en Yibuti. El 16 de diciembre de 1967, por 71 votos contra uno (Portugal) y 27 abstenciones se instó a Francia para que acelerase la descolonización y concediera la independencia a los Afars y los Isas. Francia archivó la resolución, amparándose en la doble reivindicación de Etiopía y Somalia—lo que no carece de simetría con la doble reivindicación de Marruecos y Mauritania—para hacer hincapié en su papel de incuestionable mantenedora de la paz en esa región «francesa».

No hay mal ni bien que cien años dure. La evacuación en septiembre de 1974 de la base norteamericana de Kagnew, en Etiopía, como consecuencia del cambio radical de régimen en ese país, ha acrecentado la importancia estratégica de Yibuti, situado a la entrada del estrecho de Bab el Mandeb, al este del mar Rojo, y aumentado las presiones procedentes de países periféricos. Sin pérdida de tiempo, Francia dispuso la ampliación del aeropuerto de Yibuti—trabajándose en él de día y de noche—, el envío de nutridos refuerzos militares y un incremento de las unidades navales allí estacionadas, entre ellas el portaaviones «Clemenceau». Tales disposiciones, muy del

agrado de Washington, no lo fueron tanto de la República de Somalia. En octubre pasado, su presidente, general Siad Barre, se trasladó a París para solicitar amistosamente la independencia de la ex Somalia francesa. Con toda cortesía, se supone, el presidente Giscard d'Estaing no le hizo el menor caso, por mucho que le preocupe el prestigio francés en el Tercer Mundo. Sin duda prefiere apuntarse el tanto a costa de su vecina pirenaica. Por lo demás, arguyó posiblemente que los afars e isas ya se habían «autodeterminado» en 1967. El argumento no habrá hecho mella en Mogadiscio, que ha renunciado a jugar la carta francesa, jugada durante algún tiempo, y que era la de la resignación.

Tal se desprende de lo declarado por el ministro somalí de Asuntos Exteriores en la 24 Sesión del Comité de Liberación de la OUA, celebrada en Mogadiscio el pasado 8 de enero. Denunció nuevamente la presencia de Francia en Yibuti y el absurdo de seguir pretendiendo que ese territorio era «parte integrante del territorio francés». Remachaba el clavo de anteriores declaraciones del presidente Siad Barre, decidido a plantear la cuestión ante diversas instancias internacionales que, por cierto, años ha que se pronunciaron al respecto. En suma, la renovada actividad somalí no difiere sensiblemente de la que despliega Marruecos, con ayudas entre bastidores, como es de estimar que sucede en el caso de Somalia. La diferencia, que es de bulto, estriba en que Marruecos pretende entorpecer la independencia del Sahara anexionándolo sin más ni más, mientras que Somalia se afana por activarla, aunque tal independencia fuera la fase previa de la reunificación.

De momento, absorta por sus problemas internos y el empeño de que la secesión de Eritrea no empiece a desmembrar el país, Etiopía no aclara su postura en lo que atañe a Yibuti. Pero es dudoso que se quedara quieta de prosperar la iniciativa de Mogadiscio y se agite el Frente de Liberación. Y no hay razón para que tal no suceda a impulsos de la OUA y otros países bien del Tercer Mundo, bien del mundo socialista. Es decir que Francia tiene «en casa» (el territorio de los afars y los isas es territorio francés) un problema virtual planteado en términos similares al del Sahara, sin que falte el factor de poderosas manos protectoras de ambiciones por ese bombón estratégico que es Yibuti. Por tanto, Francia no tiene suscrito un seguro contra sobresaltos, presiones y tensiones, dado en particular su decisión de seguir presente en el discutido territorio, demostrada con un espectacular incremento de los medios militares y aeronavales. Son circuns-

rancias que debieran haber recordado al presidente de la República francesa el consejo de la sabiduría popular sobre la impertinente tendencia a olfatear la olla del vecino cuando la propia huele a chamusquina.

Tal confirman los graves incidentes registrados los días 25 y 29 de mayo en Yibuti. Oficialmente, se debieron a luchas entre afars e isas y somalíes. El balance es de once muertos y unos trescientos heridos. Hay que precisar que los afars son pro-franceses, mientras que isas y somalíes reclaman la independencia.

ESTADOS UNIDOS Y PAZ O GUERRA EN EL PRÓXIMO ORIENTE

El corresponsal en Washington de un prestigioso diario nacional informó que, el 22 de mayo, setenta y cinco senadores habían dirigido una carta al presidente Ford pidiendo que los Estados Unidos siguieran concediendo su apoyo a Israel. Esta presión epistolar no pasa de ser una de las muchas presiones que, desde la creación de Israel, el Congreso no ha cesado de ejercer, espoleando y atosigando al ejecutivo para que dé muestras inequívocas de su solidaridad y apoyo de toda índole al Estado judío. En cuanto al crecido número de senadores que han firmado esa carta, tampoco constituye una novedad. Hace años, el senador Fulbright señalaba que el *lobby* judío contaba para jugar su tenaz partida con el triunfo de las tres cuartas partes de los miembros del Senado. No andaba errado en su valoración el senador Fulbright, ya que fueron setenta y cuatro de los 100 miembros del Senado, capitaneados por el demócrata Henry Jackson, senador por Washington, los que en 1973 se negaron a ratificar los acuerdos comerciales suscritos con la URSS, por condicionar su aprobación a la suspensión de las medidas restrictivas soviéticas en materia de emigración judía a Israel. En cuanto a la Cámara de Representantes, fueron 268 los que en aquella ocasión calcaron su actitud sobre la del Senado. Estos simples datos permiten formarse idea de las dificultades que ha de arrostrar el ejecutivo para desarrollar su política en el Próximo Oriente, singularmente desde que tal política pretende conceder lugar preferente a la defensa de los intereses específicamente norteamericanos, anteponiéndolos a los de Israel, lo cual es deber primordial de un dirigente de los Estados Unidos.

Este enfoque del papel a desempeñar por el ejecutivo en el largo, enconado y peliagudo conflicto árabe-israelí no es realmente obra del presidente Ford, sino de su antecesor y, más aún acaso, de su secretario de Estado,

Henry Kissinger, no por judío menos identificado con el interés nacional de su país de adopción. Tal interés, a todas luces, no está exclusivamente radicado en el campo israelí, por mucho que se quiera considerar a Israel cabeza de puente de la influencia norteamericana en esas áreas. Porque antes que cabeza de puente, Israel resulta ser un injerto que rechaza el contorno, lo que arroja un resultado negativo en cuanto a influencia lograda. Y el caso es que los máximos intereses norteamericanos en lo económico y lo estratégico se sitúan precisamente en los países que desde hace casi tres décadas rechazan rabiosamente a Israel.

Esta realidad incuestionable y el pragmatismo del presidente Nixon, junto posiblemente con la influencia de Kissinger, empujaron a un acercamiento al mundo árabe que, forzosamente, no iba en beneficio de Israel y sus tesis. De ahí que pueda no ser política-ficción la hipótesis adelantada por algunos observadores de que la caída del presidente Nixon, después de feroz acoso, la motivó el giro de 90° impreso a la política norteamericana en el Próximo Oriente. Watergate y el escándalo que se organizó sólo fue un pretexto para deshacerse de un presidente que, en razón de su independencia frente al Congreso, se hurtaba a la influencia que el *lobby* judío tiene en ese Congreso muy vinculado a los intereses de Israel. Dadas las circunstancias en que llegó al poder Gerald Ford, presidente no electo, como tampoco lo es su vicepresidente Rockefeller, lo cual no deja de ser incongruente en el país paradigma de la democracia, su libertad de movimientos está recortada por un Congreso que ha vuelto por sus fueros tradicionales. Y como quiera que el presidente Ford en la cuestión del Próximo Oriente sigue el rumbo trazado por Richard Nixon, el Congreso ha estimado oportuno recordarle, caso de que lo hubiera olvidado, que el punto de vista de los Estados Unidos en el conflicto árabe-israelí ha de ser el del Congreso, lo que equivale a decir el de Israel, señalado por la minoría judía norteamericana. El recordatorio es muy significativo en vísperas del encuentro del presidente Ford con el presidente Sadat.

Pero ¿tan poderosa puede ser una minoría que no alcanza los seis millones de individuos? Hay que rendirse a la evidencia: lo es. No limita su influencia y ejercicio de sus presiones al mundo político, terreno abonado para que en él grave con fuerza su sector financiero, dado que las costosas campañas electorales dan pie a aportaciones económicas concedidas sin discriminación a demócratas y republicanos. Así el *lobby* judío no sale nunca perdedor. También en el ámbito sindical es un hecho la influencia judía,

en particular en la federación de sindicatos AFL-CIO, cuyas simpatías a Israel tienen incidencia en las masas de trabajadores norteamericanos. Por lo demás, a nivel de «hombre de la calle», existen numerosas organizaciones humanitarias, benéficas y culturales judías que, enlazadas entre sí, forman una red pro israelí que apresa a amplios sectores de la población, sin contar con que los medios informativos están ampliamente mediatizados por la minoría judía. Hace cerca de cincuenta años, tal denunciaba con vehemencia Henry Ford en su obra *El juicio internacional*. Todo permite pensar que ese poder presente en todos los ámbitos de la vida estadounidense no ha perdido terreno desde entonces, sino todo lo contrario.

El fracaso de las últimas gestiones de paz del doctor Kissinger ha dado pábulo a la campaña pro israelí en los Estados Unidos; por cuenta, el *lobby* judío no las tiene todas consigo de cara a futuras iniciativas del secretario de Estado en la proyectada reanudación de la Conferencia de Ginebra. De ahí que, aparte de apretarle las clavijas al presidente Ford, se explote el descontento que origina en los Estados Unidos una crisis y creciente paro que la propaganda se aplica a achacar exclusivamene al aumento del precio del petróleo por los árabes, cual si únicamente fueran árabes los países que exportan petróleo y los aumentos de precio no los acordara la OPEP. Pero el argumento es válido para poner a buena luz a Israel. Es de prever que la campaña arreciará con motivo de las próximas elecciones presidenciales, si entre tanto no se ha roto el frágil equilibrio existente en el Próximo Oriente. Ya se empieza a orientar a la opinión pública hacia Edward Kennedy, cuya fidelidad a Israel y sus puntos de vista son bien conocidos.

En todo caso, la actual composición del Congreso pone de manifiesto un desfase entre la política exterior que pretende desarrollar el ejecutivo en el Próximo Oriente, o sea, la búsqueda de la paz por buenas componendas y mutuas concesiones, y los propósitos de ayuda sin tasa a Israel que preconiza el Congreso, que en ocasiones da la impresión de que para él la capital de los Estados Unidos es Tel-Aviv. Por lo pronto, accediendo con creces a la demanda formulada en el pasado septiembre por el primer ministro israelí, Rabin, el Congreso ha concedido un crédito de ayuda militar de 2.800 millones de dólares. No para ahí la cosa. En la mencionada carta al presidente Ford, con relación a las peticiones de ayuda exterior para el año fiscal 1976, los senadores piden «que aclare, como lo hacemos nosotros, que los Estados Unidos, por su propio interés nacional, se sitúan firmemente junto a Israel en busca de la paz en futuras negociaciones».

Esa «busca de la paz», en mayo de 1975, como durante el último viaje a Próximo Oriente de Kissinger y como el año pasado, tropieza con obstáculos que Tel-Aviv no está dispuesto a remover: los territorios ocupados en 1967, Jerusalén y el futuro de los palestinos. Mientras, la estrella de Henry Kissinger se ha nublado, la inflación sigue a la orden del día, el paro aumenta y el problema energético no está en vías de solución, antes bien pende una amenaza de aumento del precio del petróleo, según ha anunciado el shah de Irán. Es decir que las tensiones internas de los Estados Unidos combinadas con las nuevas iniciativas soviéticas en el mundo árabe, en particular en Libia, y un rearmarse todos a más y mejor, crean condiciones tales que antes que a la paz parecen encaminar el Próximo Oriente hacia una nueva guerra.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

